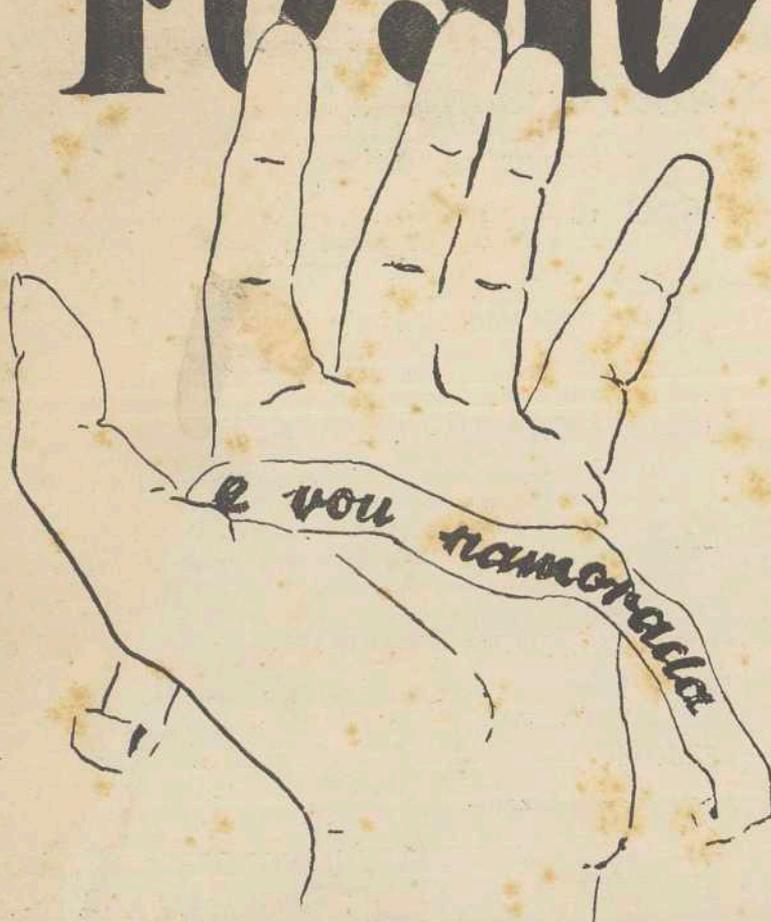


Public 2999

Posio



ORENSE

2

1 9 4 5

SUMARIO

LONDRES. BERLÍN,

José María Castroviejo.

MONTEFURADO,

José Luis Varela.

¿QUÉ HICIMOS DEL AMOR?,

Mercedes Chamorro.

VIEJO TESTAMENTO,

Alfonso Alcaraz.

«MUSA AL NOROESTE»,

Martín Codax.

«...E VOU NAMORADA»,

Segundo Alvarado.

AMOR. A UN RAMO DE JAZMINES,

Pura Vázquez.

CANCIÓN,

Eugenio de Nora.

UNA MUCHACHA MONGBETU,

Vicente Risco.

ELEGÍA,

Pedro Lezcano.

LINOLEOS,

Miguel López Elizalde.

POESÍO

2

LONDRES

This is the winter of the world; and here
We die, evens as the winds...

P. B. SHELLEY.

*Distingo a alguien a orillas del mar
Los brazos aspados y la boca en suspenso
Pero no entiendo sus palabras
Londres está poblado por fantasmas
Fantasmas de la mañana, de la tarde y de la medianoche
Fantasmas de Picadilly, de Downing Street y de Trafalgar Square
Fantasmas, fantasmas, fantasmas
Londres está gritando desde la garganta del último ahogado en su
Támesis
Yo hablo a menudo con los ahogados de Londres,
Con sus financieros de guerra, sus marinos y sus mercaderes de
brillantes.
Pero ahora han perdido la voz
Y solo percibo un extraño rumor de esclusa
También veo luces verdes que rasgan la niebla
Y caras crispadas bajo el antifaz de los paraguas
Los antiguos virreyes se reúnen
Y un estremecido viento bate las viejas panoplias
El Morse restalla a los cuatro puntos cardinales
El arzobispo de Westminster invoca a todos los piratas
Mientras de las minas ascienden ruidos extraños
Un gentleman se hace el harakiri
La Salvation Armi es declarada fascista
Y en Fleet Street el último cochero borracho se suicida
Al saber que la City ha declarado la guerra a las gardenias,
la cerveza y el «Habeas Corpus»
En el Imperio estalla una bomba
¡Londres!*

BERLÍN

Und eetz ir nicht das Leben ein,
Nie wird evch das Leben Gewonnen sein!

SCHILLER.

Un duro son redondo bajo el gran tilo en flor
Una sonrisa exacta
Un guante en la mañana de hierro y los «lieds», como gallardetes,
flameando en el horizonte.
¡Berlín!

La sangre ha reventado todos los termómetros,
El Spree, la carne, las casas y los corazones
Implacablemente machacados en nombre de Dios.
La fuerza creadora ha sida aplastada
por el odio del frenesí manchado

Pero aun no está completa la obra
Hace falta más sangre,
Para poder teñir las empalizadas de Nueva Zelanda
Arrojársela a los monos de las grandes selvas brasileñas
Y empapar en ella las banderas victoriosas
Pero las banderas, mojadas, no flamean
Es preciso tal vez que el viento del Este las seque un poco.
Todo es juego de inocentes almas;
Enemigas del robo, la esclavitud y la explotación de los pueblos
Como el tiempo se ha parado, ya no sabemos que día es hoy
Tampoco sabemos que día será mañana, ni que color corresponda
a los ángeles.

Algo se ha roto sobre la Historia:
Una espada, un monóculo, el decálogo y la alegría
Aunque, naturalmente, solo son pequeñas cosas
Que no alcanzan la altura de la estatua que vende su sombra
por los puertos.

Acercáos a la montaña
También la montaña ha sido hollada hasta el centro de la tierra
¡Y el valle, y el lago, y el roble y el aire todo!
Todo fermenta bajo un sucio y frío sol de cloro
La muerte llama a la muerte
Pero todo se resiste sin un gesto, sin una palabra vana
¿Para qué hablar...?

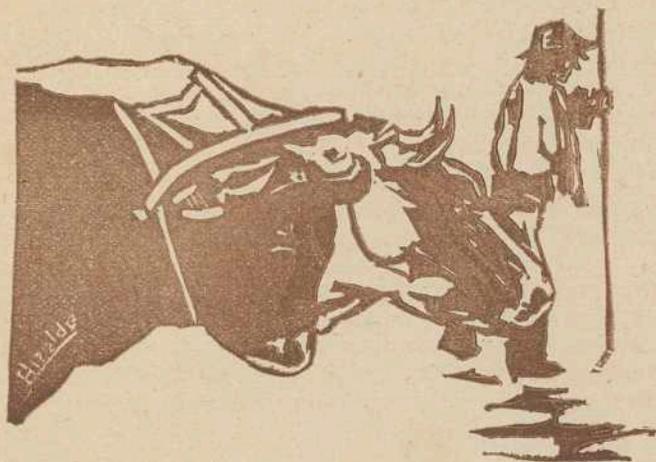
Con la garganta seca y los ojos firmes y hondos ante el martirio
De pie, rígidamente, desnudos como antiguos dioses
Prometeos desgarrados, sin una queja ni un reproche
Para los buitres, que sin cesar se abaten
Portando entre sus plumas sucio contagio
Hasta la infamia cae tronchada como Holocausto
a la libertad

Pero las madres no gimen, para desesperación de las damas
sensibles.

El Instituto Gallup está radiando el secreto
¡Berlín no sabe llorar!

J O S É M . ^a C A S T R O V I E J O

M O N T E F U R A D O



—Cinco minutos, señor.

Voy a la duermivela, como el tren. Hay una suave y extraña gravitación, una viscosa malla que me veda el gobierno de mis brazos, el desenvolvimiento ágil de mis facultades.

Si pudiera levantarme, y beber del agua de limón que venden esos chiquillos en el andén, o tumbarme un breve instante a la sombra, o decirle alguna inefable vaciedad a esas muchachas sonrientes que pasean... Cinco, cinco—¿para qué lo repito?—minutos de parada...

No es calor, no. Es la mismísima entraña abierta, el vientre vomitante de la tierra, y del cielo, del cielo gris, del cielo con un sol inconcreto y múltiple, absorbente y derramado. Pero tampoco es el sol, no. Soy yo mismo, y usted que duerme espesamente ante mí, y mis brazos, mis manos y la raíz profunda del pecho los que manan esta llama opaca, tristemente opaca y generosamente prodigada que me invita a abandonarme a mí mismo—a ella—y a que ansie vagamente... Sí, aquella arboleda húmeda, sonante a la vera del río...

Pasa, espejeante, el río a la izquierda. Es como una guayaba: dulce, verde, tierno, dormido. Es una ondulante lengua líquida de Dios expuesta ante las rocas como un lagarto fluente. Detrás de las rocas, chopos y castaños, y también—creo—algún roble en un mínimo y reparador meneo frío. Viene una brisa sedosa y distante, y juega, y reparte sus voces por el talle de los troncos, y se va ligera para allá lejos, para el monte violeta y sus cañadas sombrías, estremeciendo voluptuosamente cuanto tocan sus pies delicados, de hembra insinuante.

Este lento incendio mudo agoña el camino que lleva al río. Dos

bueyes pujan penosamente de una carreta con prismas de granito. Cruel, como una figura de bronce con reflejos siniestros, un mozo pica su vara en el vientre de un buey.

—Eeh, eh, Tolécoo!

Los bueyes basculan sus cabezas lentamente, y de las astas se reparten relámpagos breves. Zumban las cigarras como un remordimiento metálico, o como un obsesivo presagio antiguo. Entonces se elevan sus cabezas tristes al sol como mendigando clemencia. (¡Qué inexpresivas pupilas inmensas, Dios mío!) Pendulan sus cuernas y adelantan una pezuña reluciente. El sol irisa su baba liquidísima, fluente y digital, pendiente de sus belfos hidrónicos.

—¡Ey, Toleco!

Y el aguijón se clava otra vez, como un sol único y directo, de acero.

Las copas frescas de los árboles son entonces unánimes cabezas balanceantes que despiden un aroma tibio y denso, y una oleada airosa y próxima nos participa el amor más íntimo y familiar de tanta flor anónima y escondida.

Me recito:

*«Voici venir les temps où vibrant sur sa tige.
Chaque fleur s'évapore ainsi qu'un encensoir...»*

...Dios mío, sí, aquella fuente, ah, allá..., el frío, la arboleda a la sombra..., las hierbas verdes y tupidísimas..., los regatos rumorosos sobre los prados... ¡Pero no—qué desdicha—este sol, este sol y cielo gris sin nubes fatalmente viajeras, y estos bueyes!

—Toleco! ¡Ay, Tolecóoo!

Pero el inmenso arrastre muerto de las piedras del carro, vence, y allá se van por la pendiente, hacia atrás, el carro y los bueyes, hacia el río...

Un tintineo dulce. Un pitido. Ah...! Han pasado los cinco minutos de Montefurado.

J O S É L U I S V A R E L A

¿QUE HICIMOS DEL AMOR?

*M*ucho, mucho te amé. Y tu me amaste,
no me digas que nó...

Estaba el alba

*más alta entre las nubes
y el color del camino,
amapolando el aire,
era como un tumulto
de mudos nardos a la vez naciendo.*

*¿Recuerdas bien? El mar, que nunca he visto,
lo hallé por tu mirada, negro pozo
de empinadas ondas. Y, más allá,
mientras la luna roja
enjoyaba las cumbres, tú me alzabas.
Dulce pluma era sólo. Por tus brazos
crucé todos los vientos.*

*Aquello fué el amor. Tu lo llevaste
sobre tus anchos hombros, recio escudo
que me abrasaba.*

Sí,

*tu también me has amado...
Estabas, eras, te ví; enormemente
ya crugías en la crugiente cúpula,
ya te cubrías íntegro,
ya ¡ya te me extendías
volcán,
fuerte volcán sobre los altos cielos!*

*Si quemaste, si el alma grave, ignota
rodó por los abismos de tu lava
torciéndose, rodando,
¿qué hicimos del amor?*

*Tú, como un lago inmenso,
acariciabas astros. Era tan grande
su circular boscaje
que recogía todas las estrellas.*

*Anduve por sus aguas,
nadé en ellas, nadé. Mientras andaba
bebía de su luz.
Tu me prestabas esa claridad.
Yo diluía, azul, todo el reflejo.
¿Ves cómo nos amábamos?*

Te amé, amor, me amaste...

*Si es que existe el olvido,
¿qué hicimos del amor?
Todo, todo se escapa...*

*Pero nó, aquí lo tengo,
míralo aquí temblar
como un torrente grandioso, largo,
que no encuentra salida!*

*Porque te amo aún... Incomprensiblemente
tienes que amarme, amante mío, hasta
que se despeñen en girones las nubes
y se derrumbe el sol sobre la tierra.*

M E R C E D E S C H A M O R R O

VIEJO TESTAMENTO

*H*abía solo potros de cinco años
y pasos sin sandalias, entre las hierbas altas
donde se apacentaban los rebaños.
Había pies desnudos cruzando por la tierra,
blancos pies, ligeros y adolescentes,
que buscaban, como ciervos sedientos,
las huellas palpitantes de Diós.

*Floreían los cayados patriarcales
la sazón de todas las profecías—
—Doce frutos maduraban
sobre el hambre del mundo—.*

*Las fuentes nacían de tal forma
que solo podía beberse de éllas
con la concha de las manos.*

*Había hermosas barbas
por las cuales bajaban a torrentes los vaticinios.*

*Todas las hogueras sabían
la dirección de Diós
y no había viento que las apartase de El.*

*Los hombres se llamaban
con nombres altos y sonoros.*

*El aire encalmado
aun tenía
un leve aroma de Paraiso.*

A L F O N S O A L C A R A Z

Martin Codax, de Vigo, entona cantigas d'amigo



En o sagrad'en Vigo
baylaba corpo belido;
amor ey.

En Vigo, no sagrado
baylaba corpo delgado;
amor ey.

Hu baylaba corpo belido,
que nunca ouvera amigo;
amor ey.

Baylaba corpo delgado,
que nunca ouvera amado;
amor ey.

Que nunca ouvera amigo,
ergas, no sagrad'en Vigo;
amor ey.

Que nunca ouvera amado,
ergas, no Vigo en sagrado;
amor ey.

Mandad'e comigo
ca ben meu amigo;
hirey, madr'e bybo!

Comigu'é mandado,
ca ben meu amado;
hirey, madr'e oybo!

Ca ben meu amigo,
e ben san'e bybo;
hirey, madr'e bybo!

Ca ben meu amado,
e ben bybo e sano;
hirey, madr'e bybo!

Ca ben san'e bybo,
e d'el rey amigo;
hirey, madr'e bybo!

Ca ben byb'e sano,
e d'el rey privado;
hirey, madr'e bybo!

Ay, deus, sab'ora, meu amigo
com'eu senlheira estou en Vigo,
e vou namorada!

Ay, deus, sab'ora o meu amado
com'eu en Vigo senlheira manho;
e vou namorada!

Com'eu senlheira estou en Vigo,
e nulhas guardas non son comigo;
e vou namorada!

Com'eu senlheira en Vigo manho,
e nulhas guardas migo non trago;
e vou namorada!

E nulhas guardas non é comigo,
ergas, meus olhos que choran migo;
e vou namorada!

E nulhas guardas migo non trago,
ergas, meus olhos que choran ambos;
e vou namorada!

Quantas sabedes amar amigo,
treundes, comigu'a ló mar de Vigo,
e banhar-nos hemos nas ondas!

Quantas sabedes d'amar amado,
treundes-vos migo ao mar levado,
e banhar-nos hemos nas ondas!

Treundes comigo ao mar de Vigo,
e veremol-o meu amigo;
e banhar-nos hemos nas ondas!

Treides migo ao mar levado,
e veremol-o meu amado;
e banhar-nos hemos nas ondas!

Ondas do mar de Vigo
se vistes o meu amigo?
e ay, deus, se verrá cedo!

Ondas de mar levado,
se vistes o meu amado?
e ay, deus, se verrá cedo!

Se vistes o meu amigo
o porque eu sospiro?
e ay, deus, se verrá cedo!

Se vistes meu amado
o porque en gran cuido;
e ay, deus, se verrá cedo!

Del viejo racimo de la Vaticana, exprimimos hoy el zumo salado de unas viejas cantigas, cantadas frente al mar abierto de los vientos oceánicos, al Noroeste, allá en la plenitud lírica del XIII, por Martín Codax, de Vigo.

Hay presencias perennes, abiertas y jóvenes a la luz de todos los tiempos. Presencias erguidas en un más allá cercano a nuestros corazones. Presencias luminosas que nos encienden los ojos de perspectivas dulcísimas y nos hacen saber la vieja verdad de las rosas y de las estrellas. Y nos enseñan las rutas que se escapan por cada punta...

Martín Codax desde su presencia nos dice hoy, cantando, su verdad: aquella verdad. Su alma era, junto a las «ondas do mar de Vigo», como una vela blanca, fecundada de sales y de vientos. Una vela blanca rumbo al Noroeste que hoy se pliega, varando el navío, junto a la arena caliente de nuestro recuerdo.—A. A.

«...E VOU NAMORADA»

aliente aún y con su cuenco hollado por una frente fértil, sin horizontes, arriba hasta aquí como un ave doméstica, amaneciendo en los ojos, desde nuestra raíz, hacia el otro lado del mundo. Es una mano simple, abstracta, casi humana, como un árbol de luz, en ensayo de caricias o en viaje de amor.

Al otro lado del mundo—en ese mundo que se nos antoja amueblado de poemas—, ha sido testigo de palabras incendiadas a un soplo de la voz, de una conversión de seres sacados de la nada por obra y gracia de un verso irremediable. Lo es ahora en que la fiebre nos anuncia un nuevo parto, de flor recién nacida, inevitable y cierto. Lo será siempre que el día y que la noche nos dediquen un labio enternecido, nos ensanchen los ojos y nos regalen, definitivamente, un corazón de nube y espumosa sangre.

Quizás sea una mano, pero es un árbol de luz. Acaso huele a pino y a hierba aún orballada. Aquí es algún astro que incendia las palabras, que alimenta la frente, que contagia su piel imitadora siempre en un verso eterno, sin hemistiquios ni gramáticas, que nos pulsa la sién con luz caliente en rimas invisibles. Es una mano simple, imperfecta y amiga, que atestigua el desvelo de la desfloración de un poema insospechado.

Aquí está la mano del poeta, lejano, dormido en algún nuevo cielo, que nos trae su parto dichoso y tierno todavía. Así es esta mano, caliente aún, que viene enamorada.

S E G U N D O A L V A R A D O

A M O R

Y la existencia muerta
por exceso de amor.
—Hasta la muerte
es además de amor que nos aparta
del camino de sombras de la vida—.

*Amor en el gigante corazón del Universo.
En la entraña que sufre y se desgarr.
En los pulsos abiertos
a todos los latidos generosos.*

*Perfume involuntario,
llena las venas todas de la tierra.*

*Del indeciso mar donde soñamos
nace, rendida realidad.*

*Alma del mundo. Espíritu infinito,
anima con su ardor a lo creado,
y crea, por un don de Dios, la Vida.*

A UN RAMO DE JAZMINES

*T*anto verdor, tanto aroma,
tanta olorosa blancura,
de la pequeña llanura
de mi mesa se desploma.
Vuelo al jazmín de paloma
dale, Señor. Ya que breve,
de tan cándida, su nieve,
forjó tu mano divina,
renácela viento leve,
primorosa golondrina.

P U R A V Á Z Q U E Z

C A N C I Ó N

*S*i ahora pudiera ver tus ojos,
ver en tus ojos un paisaje claro
como la nieve azul que cae!
Pero el recuerdo de un amor, aquí,
arde como el amor de los páramos.
¡Oh tierra de aridez, oh aire
sin mariposas vegetales!

*S*i pudiera sentir tus manos
igual que roza un agua dulce
llena de violines sumergidos
y seda azul de amanecida!
O un milagro, en lo oscuro,
como hace el cigarrillo un rubor pálido
en la triste pared, desvelara tu forma,
con lentitud, en partes mínimas,
así la mano que acaricia...

*S*i tu voz, cuya sombra suele evocar la música,
en el espacio mudo, ahora,
fuera haciendo senderos de silencio
y sombra floreal y encendida!

*S*i de la espuma azul y tan profunda
de tus cabellos ligerísimos
viera emerger ahora
unas mejillas cuyo fuego crece
y se acumula y vive en la amapola
que a besos palpitantes se deshoja!

No así. El tiempo, sobre la seca tierra,
pasa, cóndor herido en la nevada;
su lento paso deslavaza el cielo.
Su lento derivar recuerda
oscuras cosas: labios de sed, manos vacías,
profundos ojos. Como éstos, que hacia tí, sin protesta,
hacen gesto, interrogan...

E U G E N I O D E N O R A

UNA MUCHACHA MONGBETU

Se trata de la imagen de una negra salvaje, una muchacha de la tribu de los Mongbetu, en el Congo belga. Es conocido porque, desde que la fotografió la Ex-



ante una figura tan extremadamente delicada, se le pueda ocurrir la palabra "salvaje". Pues, al contrario, su belleza antes que primitiva parece decadente.

Se llama la atención acerca del peinado, pero lo delicioso es la figura entera. Le llaman "bella y elegante figura", pero es mucho más. Es una extraordinaria estilización natural del perfil femenino, llevada a un punto extremo de atrevimiento.

Recuerda inmediatamente la maravilla de El Amarna: el busto de la reina Nefertiti.

El arte de El Amarna ha conseguido estilizaciones semejantes que nos negamos a creer que puedan expresar una realidad, y sin embargo, he aquí una realidad que supera todas sus exageraciones. Porque la cabeza de esta muchacha negra es el busto mismo de Nefertiti, modelado con una hipérbole que antes acentúa que amengua su belleza. Es la sombra de la reina del Nilo proyectada por el sol ecuatorial. Nefertiti se ha quedado a la mitad del camino entre un perfil griego y este perfil congolés.

Pasma que la naturaleza, y más aún, la naturaleza primitiva, la selva virgen, haya realizado tal maravilla de finura, tal sublime contorsión de líneas, ultrapasando al arte de decadencia de El Amarna.

Vemos, pues, que la naturaleza es siempre capaz de superar al hombre, aún en aquellos casos en que el hombre ha realizado mayor esfuerzo por apartarse de ella.

pedición Citroen
Centro-Afrique,
anda divulgada
por libros y re-
vistas.

He dicho una
negra salvaje, por
recargar las tintas,
no porque a nadie,

Si el arte egipcio, especialmente el de El Amarna, hubiese llegado al Congo, tendríamos que decir al ver a esta muchacha, que la naturaleza imita al arte, lo cual puede que no sea un prodigio ni una paradoja, pero tampoco indica ninguna superioridad de lo artificial sobre lo natural, de la obra del hombre sobre la obra de Dios. Decir ésto es una precaución necesaria contra determinados filósofos, a los que no hay que hacer ninguna concesión.

Esos filósofos nunca podrán comprender la belleza de este viviente busto negro, ni interpretar la expresión infantil de los labios de la muchacha mongbetu, pues ellos han condenado *a priori* "lo exótico".

Mas como el alma es la forma de la corporeidad, la figura, cuando es natural, depende más del alma que de la materia, por lo que, el perfil de esta muchacha puede mostrarnos a dónde puede llegar el espíritu de la raza negra. Y nos muestra un espíritu un poco contorsionado, pero extraordinariamente fino y penetrante, como no podrían esperar los aludidos filósofos, y propio para desmentir las afirmaciones de Mr. Levy Bruhl.

Y pensando en el espíritu que creó el arte de El Amarna, y hallando que es el mismo que modeló la carne de esta muchacha negra, se ve el verdadero lazo, la corriente de vida que une al Egipto con el Africa Central, y se ve que es inútil que nieguen que los negros descenden de Cham.

V I C E N T E R I S C O

E L E G I A

Para Antonio González con
el alma de todos sus amigos.

El mar no tiene flores ni pasado
ni senderos que crucen su amargura.
¿Dónde la cruz al marinero ahogado?

*Marinero de lenta singladura,
le sorprendió la noche anticipada
demorando su dicha sin premura.*

*No hizo caso a la prisa de la nada,
no hizo caso a la sombra, no hizo caso
al poder de la tierra enamorada.*

*Y la noche llegó, callando el paso
para apagar la luz del medio día
de un hombre que creía en el ocaso.*

*Mi soledad de amor sin compañía
por los sitios sin él grita confusa,
alternando blasfemia y letanía.*

*Yo no quiero su noche como excusa
del mesurado canto plañidero,
yo no quiero esta muerte como musa.*

*No poema, alarido es lo que quiero,
seco como reseca calavera.
Aquí yo el asco de la pus prefiero*

*al crisantemo o a la enredadera.
Que mi vasto dolor de firmamento
sepultara en alud la tierra entera,*

*el sarcástico pésame del viento
y la cruel risotada de la vida
que tan mal me acompaña el sentimiento.*

*Yo viviré a la sombra de tu ida.
El aire guardará tu no existencia.
Y la luz sin tu carne detenida*

*respetará la cripta de tu ausencia.
Aquí tu no existir está, a mi lado,
tu ausencia aquí, tu ausencia hecha presencia.*

*Ni aire ni luz ni pájaro extraviado
transpondrán el umbral de tu vacío,
donde te soñaré, desesperado.*

*Soñaré en invariable desvarío,
y en mí habrás una vida silenciosa,
resucitado por tu sueño mío.*

*Pronto una primavera dadivosa
se colgará a mi cuello como amante
brindándome el olvido de la rosa.*

*Nada podrá su tentación fragante.
Siempre hablaré a las claras azucenas
de un creyente en ocasos caminante
desde mi corazón a las arenas.*

P E D R O L E Z C A N O

SUSCRIPTORES DE HONOR

D. Ramón Puga Noguero, Orense.
«Liceo Recreo Orensano», Orense.

D. Joaquín de Entrambasaguas, Madrid.
D. Andrés María Mateo, Madrid.
D. Antonio Román, Madrid.
D. Luis Guarner, Valencia.
D. Antonio Rey Soto, Orense.
D. José Fernández Gallego, Orense.
D. Ruperto Martínez Trincado, Orense.
D. Luis Pavón Rodríguez, Orense.
D. Arturo Suárez Noguero, Orense.
D. Baldomero Gallego Seara, Orense.
D. Baltasar Díaz Santalla, Orense.
D. Angel Iglesias, Orense.

D. Francisco Leal Insua, Lugo.
D. José Filgueira Valverde, Pontevedra.
D. Augusto Casas, Barcelona.
D. Juan Ramón Masoliver, Barcelona.
Srta. María Dolores Varela, Orense.
D. Antonio García Novoa, Orense.
D. Antonio Blanco Rodríguez, Orense.
«Orfeón Unión Orensana», Orense.
D. Enrique Barciela, Orense.

3

PESETAS